

PAPEL DE LOS MEDICOS EN LA INDEPENDENCIA COLOMBIANA

Por HUBERTO ROSELLI

Cuando sobrevino la revolución de independencia la medicina científica acababa de nacer en nuestro suelo. Efectivamente, el doctor José Celestino Mutis, quien antes de todo fue un médico y un investigador, que en casi cincuenta años que residió entre nosotros dio vida a la ciencia, alentó con su ejemplo y entusiasmo a la juventud, y formó en la Expedición Botánica lo más granado de la generación libertadora, gestionó también la creación de la cátedra de medicina y guió con paternal consagración el nacimiento de los estudios universitarios en nuestro país. Mutis, llamado en frase afortunada de López de Mesa el "protóprócer", fue también el padre de la medicina colombiana.

La enseñanza se inició en Bogotá, en el Colegio del Rosario, en 1802 y fueron los fundadores de la cátedra los doctores neogranadinos Miguel de Isla y Vicente Gil de Tejada, venerables precursores del profesorado médico universitario en nuestra patria. Isla no cobra sueldo alguno, antes costea lo necesario para proveer de esqueletos y libros a los estudiantes y abandona el ejercicio de la profesión para dedicarse de lleno a la enseñanza. A su muerte, ocurrida en 1807, es sucedido por su ayudante el doctor Gil de Tejada, quien hasta 1810 garantizó la continuidad de la enseñanza que veía florecer en ciencia y aumentar en discípulos. Estos dos maestros formaron la primera generación médica colombiana, generación surgida de los claustros precisamente a la alborada de la revolución. Muchos de sus elementos fueron brillantes, les tocó actuar en época de singular trascendencia histórica y supieron cumplir bien su papel, prestando eminentes servicios a la causa de la Independencia colombiana.

De los claustros del Rosario surgieron, entre otros, José Félix Merizalde, Benito Osorio, José Fernández Madrid, Juan María Pardo, José Joaquín García, Antonio Macary, Miguel Domínguez y Flórez, Marcelino Hurtado, Miguel Ibáñez, Pedro Lasso de la Vega y José C. Zapata.

El doctor Merizalde fue quizás la figura más característica, dentro de la profesión médica, de aquellos primeros tiempos de la República que, por la inexperiencia de sus hombres y por los generosos errores de las ideas y de las instituciones, mereciera el amable calificativo de la "Patria Boba".

Hombre singular, dotado de genio activo y laborioso, de desbordados entusiasmos y de ideales románticos y beligerantes, hubo de influir notablemente en toda la primera mitad del siglo XVIII, tanto en los sucesos de la independencia, que apoyó con calor, cuando en el desarrollo y orientación de los estudios médicos, que a él están ligados en buena parte.

Como patriota, fue médico militar desde 1812 y combatió en la Defensa de Bogotá con Nariño y en Cachirí con García Rovira. Hecho prisionero por Sámano fue condenado a dos años de servicio forzado en los hospitales de las fuerzas españolas, corriendo igual suerte que Osorio, José Joaquín García, Lasso de la Vega, Zapata, Santos González y el benemérito payanés Manuel María Quijano. Después de Boyacá se reincorporó al ejército libertador y fue Director general de Hospitales hasta 1833. Como profesor de medicina, al haberse descontinuado por los sucesos de la independencia la enseñanza en la capital, fundó por su cuenta, en 1812, una cátedra en el Colegio de San Bartolomé, la que, con varias interrupciones sostuvo hasta 1826. Una vez creada la Facultad Central de Medicina por Santander en 1827, el doctor Merizalde estuvo vinculado a ella como Profesor de Higiene, de Patología, de Clínica y de Medicina Legal, y en años posteriores fue Rector de ella. Publicó textos de Patología General y de Higiene y trabajos científicos sobre la Elefancia y el Cólera Asiático.

Como periodista y hombre público, sostuvo varios periódicos políticos, participó en la Convención de Ocaña, siendo ardoroso partidario del General Santander y más tarde fue miembro del Concejo de Bogotá, de la Cámara de Representantes y del Senado de la República, cuya presidencia ocupó en 1844. Su vida profesional duró 58 años y estuvo llena de merecimientos.

Una vida paralela a la de Merizalde fue la del doctor Benito Osorio, quien en 1811 obtuvo por oposición el cargo de Catedrático de Medicina en el Rosario y sostuvo la enseñanza en este claustro, a lo largo de los años de la independencia, para incorporarse posteriormente a la Facultad Nacional, cuyo rectorado ocupó en alguna ocasión. Hizo publicaciones científicas sobre úlceras, vacunación y observaciones atmosféricas. Fue vacunador mayor durante treinta años y prestó servicios al ejército patriota desde 1811 a órdenes del General Nariño;

fue apresado por Morillo en 1816 y sufrió persecuciones por la causa de la independencia.

Merizalde y Osorio, como patriotas merecen nuestro homenaje, y como médicos nuestra admiración, ya que al sostener la enseñanza en los días difíciles de la independencia, sirvieron como de puente entre la medicina colonial, sujeta al patrocinio de los Reyes de España y la Facultad Nacional de Medicina, amparada por el Gobierno Libre de Colombia.

La figura médica de proyecciones nacionales más importante en la época de la independencia es la del doctor José Fernández Madrid, tanto por su ciencia e ilustración que le merecieron el acogedor respeto de los medios científicos de entonces, cuanto por su importancia como prócer de la libertad. Fue el doctor Madrid una figura política de primer orden en los vacilantes primeros días de la Patria independiente, destacada en aquella época y en medio de una generación de hombres brillantes en el foro, en la elocuencia, en la política y en la carrera de las armas, como no la ha vuelto a tener la República. Ardoroso patriota, literato y poeta de grandes méritos, sabio médico y hombre de bellas condiciones espirituales, mereció de sus conciudadanos el honor de ser electo Presidente de las Provincias Unidas en días aciagos para la nación. Recordemos aquí el hecho de que solamente tres son los médicos colombianos que han ocupado la Presidencia de la República: el doctor Manuel Benito de Castro, Presidente de Cundinamarca en 1812 cuando Nariño marchó sobre Tunja; el doctor Fernández Madrid en 1816, y el señor General Santos Acosta, médico también, quien ocupó el poder en 1867, hace un siglo, y fue el creador de la Universidad Nacional de Colombia.

El doctor Madrid, quien había nacido en Cartagena y estudiado humanidades, derecho canónico y medicina en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, publicó en 1809 en el "Semanario del Nuevo Reino de Granada" su primer trabajo científico, que es la "Memoria sobre la naturaleza, causas y curación del coto". Ese mismo año regresó a Cartagena, en donde se dedicó al ejercicio de la profesión, llegando en breve a adquirir gran reputación en el arte de curar. Cooperó con el mayor entusiasmo y fervor en el movimiento revolucionario de 1810, en unión de los demás próceres de la Ciudad Heroica. Con Rodríguez Torices fundó el periódico denominado "El Argos", que posteriormente siguió redactando en Tunja con Castillo y Rada y en La Habana con el célebre argentino don Antonio Miralla. En 1811 ocupó el cargo de Síndico o Procurador General de su ciudad natal; y al año siguiente fue elegido Diputado al Congreso de la Nueva Gra-

nada, puesto que ocupó primero en Tunja, luego en la Villa de Leiva y después en Santa Fe.

En el Congreso desempeñó un papel prominente, procurando siempre dirimir las disensiones fatales de aquellos tiempos entre federalistas y centralistas, y suscribió el pacto del 11 de agosto de 1814. Cuando Bolívar volvió derrotado después de la rápida y brillante campaña de 1813 en Venezuela, y se presentó ante el Congreso reunido en Tunja, Fernández Madrid —al decir de su biógrafo Carlos Martínez Silva— “fue quien tomó más empeño en levantar en aquellas desfavorables circunstancias el prestigio del futuro Libertador de Colombia, lo cual es una prueba inequívoca de su penetración política. Bolívar reconoció y agradeció siempre la patriótica decisión de Madrid, y ambos fueron fieles hasta el sepulcro, a que un mismo año descendieron, a la amistad que entonces se inspiraron”.

En octubre de 1814 fue designado Fernández Madrid interinamente para ejercer el Poder Ejecutivo de las Provincias Unidas, en el triunvirato integrado además por don José María del Castillo y Rada y don Joaquín Camacho.

Llegado el año de 1816, solo desastres amenazaban a la República por todas partes: el ejército que, a órdenes de Bolívar, marchó hacia Santa Marta, se había desintegrado; posteriormente Morillo ocupó a Cartagena, Montilla fue derrotado en Cúcuta y García Rovira en Cachirí. El Presidente Camilo Torres renunció irrevocablemente su cargo. “Empezaban a oírse los dobles fúnebres que anunciaban la muerte de la República”. El Congreso resolvió elegir el 14 de marzo a Fernández Madrid como Presidente de la Confederación. Este había hablado con energía y elocuencia sobre las medidas vigorosas que era preciso adoptar, como la de preparar un plan de retirada y defensa en el sur de la República. Apenas elegido, renunció el poder, pero el Congreso insistió en su nombramiento. El doctor Madrid dijo en aquella memorable ocasión: “No soy el hombre extraordinario que el Congreso busca con tanta ansia para salvar la República; no me siento con las fuerzas necesarias para una empresa tan ardua e imposible; acepto por la fuerza el destino que el Congreso me confía, pero sin responder en manera alguna de los resultados”.

“Resignándose, pues —dice Martínez Silva—, como el médico a quien se llama a la cabecera de un moribundo, cuyo estado desesperado reconoce y pone de manifiesto a los parientes y allegados, entró Madrid en el ejercicio de la Presidencia; y, apenas posesionado de ella, el Congreso, de propio acuerdo, le ordenó abrir negociaciones con los jefes españoles y entregarles el país, tratando de recabar las condiciones más favorables para los pueblos”.

Las circunstancias no permitieron al Presidente hacer labor útil de ninguna clase. Las pocas tropas que tenía entonces el Gobierno —unos 1.200 hombres— acantonadas en Puente Real de Vélez, bajo las órdenes del General Manuel Serviez y del Coronel Francisco de Paula Santander, no quisieron ponerse a órdenes del Ejecutivo, detuvieron los mensajes de capitulación que había enviado Madrid a Morillo y cuando se trató de emprender la retirada para organizar una última resistencia, hubo absoluta diferencia de opiniones, pues, al paso que Fernández Madrid quería dirigirse al sur, Serviez y Santander preferían la ruta de los Llanos Orientales. Por fin tomó cada cual por su lado: Serviez siguió hacia Casanare, y Madrid, con solamente el batallón "Socorro" y su guardia de honor, emprendió la marcha para Popayán el 3 de mayo de 1816. Con él iban muchos de los patriotas comprometidos en la revolución y que después fueron sacrificados en el cadalso.

Madrid reiteró su renuncia del poder en Popayán ante una Comisión del Congreso, la cual la aceptó, nombrando en su reemplazo al Comandante Liborio Mejía. Este valeroso jefe emprendió la guerra a muerte hasta que los últimos restos de las tropas republicanas fueron derrotadas por Sámano en la Cuchilla del Tambo. Madrid emprendió entonces una dolorosa odisea con su esposa y algunos parientes, para atravesar la cordillera y pasar de la provincia del Cauca a la de Neiva, en medio de innumerables penalidades. Todo el grupo fue hecho prisionero en el Chaparral por las autoridades realistas, quienes enviaron a los detenidos ante Morillo en Santa Fe a donde llegaron a mediados de agosto. Madrid pidió gracia ante el Pacificador y éste le conmutó la última pena por la de prisión en las cárceles de España. "Dentro del tercero día —le dijo— marchará usted a la corte. Vaya usted a aprender lealtad de sus parientes. No piense usted que me engaña; usted es insurgente y lo será hasta morir".

De Santa Fe salieron Madrid, su esposa y su hermano, presos hacia Cartagena y de allí fueron embarcados para La Habana. La isla de Cuba era apenas una estación en su destierro, pero la buena suerte y la grata impresión que causó el doctor a las autoridades de La Habana, hicieron que la prosecución del viaje se demorara indefinidamente, hasta quedarse Madrid residiendo con su familia en aquella ciudad por espacio de nueve años.

Fue destinado en un principio a prestar sus servicios médicos en los Hospitales de Caridad, después su ciencia le abrió ancho campo y general acogida en aquel medio. "Es posible que su amable carácter —dice su biógrafo— y la ingenua modestia que le distinguían contribuyesen al auge que fue adquiriendo su reputación, sin que se desper-

tase el celo de sus colegas, que reconocían de buen grado en él vasta ciencia y tino natural. El hecho es que llegó a ser considerado como el más hábil profesor de la isla, que sus producciones médicas fueron premiadas en concursos públicos por sus colegas, que éstos le consultaban sus dudas en los casos arduos que se les presentaban, que fue miembro de varias sociedades científicas y literarias, y en fin, llegó a ser ocupado por las principales familias de la ciudad...".

En La Habana, el doctor Madrid sufrió un primer brote de tuberculosis pulmonar "que fue la afección que años después lo llevó a la tumba".

Pudo realizar su deseo de regresar a Colombia en el año de 1825. Arribó entonces a las playas de Cartagena y algún tiempo después llegó a Bogotá. A su regreso tuvo que oír las injustas críticas y cargos que se le hicieron por la prensa, referentes a sus actuaciones en los sucesos de 1816. Descargose Madrid y justificó ampliamente su conducta ante la opinión pública, en tal forma que los mismos que lo habían atacado, reconocieron el error de sus apreciaciones.

En 1826 fue nombrado por el Vicepresidente Santander, agente confidencial de la República en Francia. "Madrid aceptó tan honroso encargo, como una pública satisfacción que se le daba por los ataques de que había sido víctima". Estuvo ocho meses cumpliendo su misión diplomática en París y luego fue designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República en Londres. En 1827 fue designado Miembro Corresponsal de la Facultad Nacional de Medicina. Sus gestiones diplomáticas en Inglaterra favorecieron el reconocimiento de la Independencia de Colombia, que poco tiempo después hicieron las potencias de Europa.

Los cuatro años de su permanencia en el Viejo Continente fueron extraordinariamente penosos para Fernández Madrid. La tuberculosis que se había desarrollado desde diez años antes, le hacía sufrir espantosamente. Le acosaban violentos dolores torácicos que no le permitían casi ni escribir una carta, y las hemoptisis se repetían con frecuencia. Falleció en Barnes, pueblecito cercano a Londres, el 28 de julio de 1830.

Además de la Memoria sobre el Coto, sus escritos científicos comprenden: "Memoria sobre la Disentería", publicada en 1817 en las Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana; un "Ensayo analítico sobre la naturaleza, causas y curación de la calentura Thermo-adyámica y Thermo-atáxica, llamada Calentura Amarilla de América, Vómito Prieto", publicado en 1821. Este ensayo fue traducido al francés, con notas por el doctor Landó, antiguo profesor de la Academia de Ginebra, y sobre él dio un informe altamente honorífico al círculo médico de

París, en 1822, el doctor Peyro, exmédico en Jefe del Ejército y de la colonia de Santo Domingo.

En 1824 presentó Madrid ante la Real Sociedad Económica de La Habana, su "Memoria sobre el influjo de los climas cálidos, y principalmente del de La Habana, en la estación del calor", trabajo que le mereció el ser premiado con la patente de socio de mérito de dicha Sociedad. Esta Memoria, dada su importancia, fue reimpresa en Cuba en 1840.

Recordemos que el doctor Madrid fue además poeta y dramaturgo. Como poeta se le consideró —abstracción hecha de Bello y Olmedo— el mejor de sus contemporáneos, y como dramaturgo fue uno de los iniciadores del teatro colombiano y su efigie decora el frontón del Teatro Colón de Bogotá.

"Era Madrid de mediana estatura —escribe Martínez Silva en su biografía— delgado y flexible el cuerpo, fino el cutis y más bien blanco que moreno; su barba, cejas y pelo, negros, el último rizado, abundante y sedoso, lo mismo que la barba. Las cejas eran finas, los ojos grandes, rasgados, de color pardo muy oscuro, sumamente expresivos, como toda su fisonomía. La frente era perfecta, ni grande ni chica, blanca y tersa; la nariz un poco larga inclinada hacia abajo; la boca de tamaño regular, pero con el labio inferior bastante más grueso que el superior; llevaba hermosa barba". "Su carácter era dulce como sus poesías, bondadoso y extremadamente indulgente, sin que esto impidiera que en los casos necesarios desplegara toda la energía masculina que debe tener un hombre de honor. Era profundamente sensible, muy amante de su familia y de sus amigos; de un carácter por extremo agasajador y amable con todos".

Adviértese, por la descripción transcrita, por las semblanzas que nos dejaron de Madrid sus contemporáneos, y por los retratos que conocemos, al paso que la disposición bondadosa de su temperamento, ese aire especial que presta la impregnación tuberculosa a estos seres sensibles y especialmente dotados para la emoción estética, dándoles un refinamiento exquisito de la actividad artística, una extremada capacidad de sufrimiento y una sensibilidad que vibra con el menor roce de los afectos y de las emociones. Tal un Chopin o un Gustavo Adolfo Bécquer. Los tres grandes tuberculosos de nuestra Independencia fueron Bolívar, Nariño y Fernández Madrid. Sobre los dos primeros volveré más tarde.

Los servicios que el cuerpo médico colombiano prestó a la Independencia incluyeron no solamente los que el doctor Madrid prestó desde los altos puestos del Gobierno, y los profesores José Félix Merizalde y Benito Osorio desde la Cátedra, la asistencia hospitalaria y el

servicio militar, sino los trabajos de muchos otros profesionales ilustres, ya desde los campos de batalla, como médicos de los ejércitos, tales los doctores Antonio Macary, José Joaquín García, Carlos Moore y Tomás Foley; ya, desde el simple ejercicio profesional en los hospitales, aliviando la suerte de los patriotas y ayudándoles en cuanto podían, como los doctores Manuel María Quijano, Pedro Lasso de la Vega y muchos otros.

El doctor Juan María Pardo, colegial del Rosario, fue el único de los médicos cuyo nombre figura en el Acta del 20 de Julio de 1810, y su retrato adorna actualmente los muros de la histórica Casa del Florero. Fue tan decidido sostenedor de los principios de independencia que pronto fue perseguido y apresado por los enemigos de la patria. Cargado de cadenas fue llevado a Casanare en donde permaneció tres años entre privaciones y tormentos hasta que fue liberado por el héroe llanero Nonato Pérez, y una vez reincorporado a los suyos "continuó trabajando hasta que tuvo la gloria de ver la República". Fue fundador y primer Rector de la Facultad Central de Medicina en 1827 y a uno de sus hijos, el doctor Andrés María Pardo, de los profesionales más prestigiosos que ha tenido el país, cupo también la fortuna y el honor de ser uno de los fundadores y primer rector de la actual Facultad Nacional de Medicina de Bogotá (organizada en 1868), cuyo centenario ahora se conmemora.

El doctor José Joaquín García desde 1810 ingresó a prestar servicios a las fuerzas revolucionarias como Capitán cirujano del batallón de infantería de Guardias Nacionales, fue apresado por Morillo de 1816 a 1819 y posteriormente se distinguió como profesor de la Facultad y autor de notables trabajos científicos. El doctor Macary sirvió en clase de Cirujano del Ejército en la Campaña del Sur al mando del General Antonio Nariño y se encontró en las acciones de Alto Palacé, Calibío, Juanambú y Tacines, estando a su cargo los hospitales ambulantes que asistió con celo y actividad. Durante la reconquista española fue apresado y obligado a abrir la montaña de Anchicayá; después de varios años de cautiverio logró escapar y trabajó en el Hospital de Panamá; en 1824 se hallaba en Bogotá en miserable situación y solicitando una justa recompensa del Gobierno Nacional.

El doctor Domínguez y Flórez ejerció en Popayán en donde ayudó a Fernández Madrid, fue apresado y estuvo encarcelado por patriota, cosa de un año, en la época del terror. Parecida suerte corrieron los doctores Pedro Lasso de la Vega, Marcelino Hurtado y José C. Zapata, todos de la generación rosarista.

El doctor Miguel Ibáñez fue médico distinguidísimo que luchó con sus cuatro hermanos al lado de Bolívar en la Campaña de Vene-

zuela de 1813. Como científico se destacó, ya en la época de la República, por sus vastos conocimientos: propagó el uso del yodo para el coto y usó por primera vez la quinina a altas dosis. El doctor Emilio Robledo ha recordado cómo Ibáñez salvó la vida al sabio Boussingault, cuando éste se halló atacado de un paludismo de forma grave en 1824, felicitándose el viajero francés por la fortuna de haber sido tratado por un médico colombiano.

“Fue payanés Manuel María Quijano” es el verso inicial del poema que el maestro Valencia dedicó a este sabio y benemérito médico y patriota, quien firmó el acta de emancipación de las Provincias del Sur y fue condenado a presidio por Morillo; sus grandes conocimientos en medicina le aliviaron los sufrimientos, llegando a ser médico del Virrey, y director del Hospital San Juan de Dios. Posteriormente fue miembro del Congreso de Cúcuta y del Congreso Admirable, desempeñó altos cargos en el gobierno, se vinculó a la Facultad de Medicina y escribió memorables trabajos científicos.

A propósito de las actuaciones del doctor Quijano y a manera de ilustración de lo que eran la medicina y los hospitales en los años de la Independencia, parece oportuno incluir aquí la descripción de la enfermedad que padeció el entonces subteniente de 18 años y prisionero, y más tarde General y Presidente de la República, José Hilario López, tomada del Capítulo IX de sus “Memorias”.

López había participado en un plan de conspiración, a mediados de 1817, contra el gobierno pacificador, en unión de Alejo Zabarain, los Almeida y otros patriotas. Habiendo sido descubiertos en Bogotá, se preparaban a marchar con grande urgencia para los Llanos. “A las siete de la noche —escribe—, estando ya listo con mi hermano para partir al lugar en donde debían juntarse lo menos 25 personas comprometidas a la marcha, me atacó una fiebre maligna, de que ya estaba afectado, y me fue del todo imposible reunirme a los demás, que efectivamente lograron escaparse a Casanare. Mi hermano no quiso abandonarme, y en esta situación se me mandó al Hospital de San Juan de Dios, y se me colocó entre los febricitantes, cuya sala estaba a cargo del doctor Félix Merizalde. La enfermedad hizo progresos rápidos al tercer día, y ya el médico, temiendo una próxima muerte, me había desahuciado y mandado confesar, cosa que no alcancé a cumplir por haberme privado a pocas horas, antes de lo cual ya se me había puesto el Santo Cristo en la cabecera, como signo fatal de un próximo fin; el décimo día empezó la crisis, y debo confesar que en esta vez soy deudor de mi vida a los cuidados del doctor Merizalde y del doctor Manuel María Quijano, mi compatriota y compañero de infortunio condenado a presidio. Este señor, no pudiendo asistirme personalmente, to-

maba informes de mi estado, que, siéndole desconsolantes, ordenó se me exprimiese en la boca de cuando en cuando el zumo de naranjas dulces, piñas y ciruelas, pues no pudiendo verme ni asistirme, y según la pintura que se le hacía de mi desesperada situación, era lo único que podía indicarme. Cuando empecé a recobrar la razón, lo primero que vi fue una criada de mi tía Eusebia que me estaba haciendo la aplicación prescrita por el doctor Quijano, aunque para entrar necesitaba el favor de un fraile Uscátegui, que había sido cirujano del ejército del Sur. Mi restablecimiento completo se obró en cosa de mes y medio, y después supe que la enfermedad que me acometió fue una fiebre tifoidea”.

El doctor Isidro Arroyo, de Panamá, fue un decidido partidario de la independencia y asistió como representante al primer congreso constitucional de Colombia. Médicos próceres fueron también los doctores Santos González, Antonio Abad Tatis, José Manuel Vega, Rafael Mendoza y muchos otros.

Numeroso fue el contingente de médicos extranjeros, ingleses e irlandeses especialmente, que afluyó a Colombia durante la guerra de independencia, y que venían como cirujanos de las Legiones Británicas e Irlandesas, a prestar sus servicios abnegados a la libertad de estos países. Heroicamente se sacrificaron para cumplir su deber, haciendo suyo el ideal de los colombianos, ya en los campos de combate al lado de los heridos, ya en los hospitales militares o en las rudas marchas libertadoras, siempre a la cabecera de los enfermos, colaborando con las luces de su ciencia a la heroica empresa.

Uno de ellos, y quizás el más destacado entre todos por su ciencia y nobleza, fue el doctor Carlos Moore, médico del Libertador Simón Bolívar y quien lo acompañó diez años en sus campañas.

El doctor Tomás Foley, miembro de la Legión Británica, fue el médico del Ejército Libertador de la Nueva Granada en 1819, y como tal participó en Vargas y Boyacá. Al día siguiente del Pantano de Vargas hubo de amputar el brazo izquierdo, destrozado por una bala, al coronel Jaime Rook. Este impresionante episodio bien merece la pena de ser recordado: “El herido entregó el brazo al cirujano —relata un testigo presencial— y éste se lo cortó por cerca del hombro, sin que el paciente hiciera ni un gesto ni una contracción; pareció como si hubiera aserrado el brazo a una estatua de madera. Al desprenderse el brazo lo tomó con la mano derecha, lo levantó en alto y gritó en castellano: Viva la patria! El cirujano le preguntó en inglés: ¿Cuál patria, Irlanda o Inglaterra? Meneó negativamente la cabeza y contestó en inglés: “La que me ha de dar sepultura!”. El cirujano nos tradujo lo

dicho y quedamos todos maravillados del valor y entereza de aquel hombre, que murió al día siguiente”.

En esta como en las posteriores campañas en que tomó parte, el doctor Foley se mostró como un dinámico, excelente y celoso organizador de los hospitales. Sus servicios a la patria, que fueron muy grandes, desgraciadamente se vieron empañados por posteriores actitudes delirantes y reivindicatorias del médico inglés, que iban perjudicando el crédito colombiano en el exterior. Por fin el doctor Foley murió psicótico y entregado al opio en Guayaquil en 1829.

Los legionarios ingleses doctores Hugo Blair y Jorge Enrique Mayne, prestaron importantes servicios en las campañas de la libertad y después de la guerra se radicaron en el país, el uno en Medellín y el otro en Cali, en donde fundaron sus hogares y por muchos años continuaron ejerciendo su profesión en medio del respeto y admiración de los colombianos. Varios otros médicos extranjeros se destacaron en las guerras de Independencia, que sería largo enumerar.

Un recuerdo especial merece el médico y prócer Alejandro Macaulay, norteamericano, quien después de ejercer la medicina en su patria y atraído por su espíritu aventurero y su genio militar, llegó al país en plena guerra de Independencia, en 1812, cuando apenas tenía 25 años. En escasos diez meses de meteórica carrera militar, “vino, vio, venció” y murió por la patria en la más fulgurante odisea épica de la historia de aquellos días. Efectivamente, Macaulay llegó a Popayán en abril de 1812, cuando las armas patriotas habían sufrido serios reveses y el Presidente del Cauca se hallaba prisionero de los realistas en Pasto. El médico y novel guerrero se “convirtió en el hombre del momento”; por recomendación de don Camilo Torres fue nombrado Jefe del Ejército; en un mes organizó las tropas y marchó sobre Pasto. Triunfante, logró la libertad del Presidente; su empecinamiento le llevó a desafiar a los pastusos más allá de toda conveniencia y fue sorprendido y hecho prisionero en Catambuco el 13 de agosto y luego fusilado el 26 de enero de 1813.

Esta rápida revisión de los servicios de los médicos de la Independencia, nos hace surgir la visión de una espléndida generación de héroes, de patriotas y de mártires. En la oportunidad de recordarlos hay que rendir un tributo de admiración a la memoria de quienes estuvieron a la altura de su misión y en días cruciales y definitivos para la patria, con sus enseñanzas y con sus desvelos, “salvaron —parodiando al doctor Arturo Guevara— para la posteridad el decoro de la medicina”.

En la imposibilidad de entrar en detalles acerca del ejercicio de la clínica y de los métodos terapéuticos usados en la época de la Inde-

pendencia, me limitaré a recordar dos interesantes casos clínicos seguidos y relatados por los propios médicos de cabecera de los ilustres pacientes a que en ellos se hace referencia. Son los casos de las últimas enfermedades respectivas del Precursor don Antonio Nariño y del Libertador Simón Bolívar. Es sabido que ambos héroes fallecieron a consecuencia de la tuberculosis pulmonar. Nariño en la Villa de Leiva el día 13 de diciembre de 1823 a los 58 años de edad, habiendo sido su enfermedad diagnosticada desde 22 años atrás; Bolívar en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830 a los 47 años de su edad.

El Precursor fue atendido en su última enfermedad por el doctor Juan Gualberto Gutiérrez, distinguido prócer de la provincia de Tunja, quien había sido médico del Ejército Libertador de Colombia en la Batalla de Boyacá; y quien al saber el delicado estado de salud del General Nariño, "sin ser llamado y dejando a un lado sus múltiples ocupaciones, se trasladó a la Villa de Leyva, en donde permaneció a la cabecera del ilustre enfermo, hasta el día en que la tierra recibió sus despojos mortales". El Libertador encontró en Santa Marta al doctor Alejandro Próspero Révérend, ilustre facultativo francés que se había establecido en aquella ciudad en 1824 y supo cumplir su deber al lado del Libertador en los últimos diecisiete días.

Ambos médicos dejaron diarios minuciosos de las enfermedades de sus respectivos pacientes, cuya lectura hoy es por demás interesante, tanto por el valor científico e histórico, como por el detalle humano que contienen. Ambos pacientes fueron difíciles como se verá a continuación. El relato del doctor Gutiérrez dice así textualmente:

"DIARIO de la enfermedad y asistencia del señor General Antonio Nariño desde el día 9 del presente diciembre a las siete y media de la noche hasta el 13 del mismo, en que falleció:

"El día 9 a las siete y media, como he dicho, llegué a esta villa y en el momento pasé a visitar al enfermo; por su relación y la de los asistentes me impuse que desde el 3 le había acometido la epidemia que infesta actualmente el país con síntomas bastante definidos como delirio, síncope, vigias, privación absoluta del gusto...; que hacia el día 6º y 7º había sentido alguna mejoría, que el 8º recrudesció la enfermedad, padeciendo el 9º un fuerte ataque de hemotisis de modo que se vio próximo a expirar: que habiéndose recobrado un tanto, se le administraron los santos sacramentos, continuando, no obstante, el esputo de sangre, el horror a los alimentos, particularmente a los fáciles de digerir y una suma debilidad en cuyo estado lo hallé a la hora indicada.

“Después de haberle examinado atentamente su estado pasado, y principalmente su idiosincrasia, etc., arreglamos el método curativo, previniéndome formalmente no le hiciese la menor aplicación sin su consentimiento, a cuya condición me fue preciso sujetarme, considerando que si me retiraba, no había otro que me reemplazara y quedaría sin un profesor que le ayudara a dirigir su tratamiento en circunstancias tan apuradas; en efecto, era el último momento, yo solamente proponía al señor General los medicamentos que juzgaba conveniente, y él elegía o desechaba, según su parecer. Establecimos, pues, un método que satisficiera las más urgentes indicaciones que se presentaban, a saber: aumentar las fuerzas sin irritar, y quitar y moderar el flujo sanguíneo, empleando para llenar estos objetos los vulnerarios tonificantes, refrigerantes y cardíacos, como los huevos con zumo de berros, llantén, borraja y jumaria, cuya composición, me dijo, siempre la había usado con éxito feliz; cordial preparado en caldo de pollo, cebada y arroz; ligeras fomentaciones de ron y triaca; algunas embrocaciones de vino, aguardiente y grama; derivados a los pies, y gelatina de patas de cordero. No quiso tomar por agua común el cocimiento que le propuse de consuelda mondada, llantén y raíz de ortiga blanca, sino agua natural. No se conformó tampoco con el alimento que le propuse de caldos y sopas claras, sino que dijo que debían ser más fuertes, como lo hizo después. También quedaron indicados los caldos de cangrejos y las salsas de verdolagas. -

Día 10. — “En este día disminuyó el esputo sanguinolento, pero no la postración de las fuerzas, en cuya atención se agregó al método anterior genciana en el caldo; tocados en el estómago; paños de vino a los muslos, con lo que se reanimó considerablemente, renaciendo el apetito, con lo cual comió sin mi aprobación caldos de huevos, que también pidió frutas, duraznos y ajíaco de turmas.

Día 11. — “Se varió el plan por haber amanecido con mucha tos y bastante fiebre; se reemplazaron por algunos analépticos o derramantes y se le administraron algunas pociones de cocimiento de cebada y grama, con unas gotas de espíritu de vino dulce alternando con la decocción de corteza de raíz de malvavisco y goma arábiga; se le quitó enteramente la fiebre, y casi del todo la tos. Este día después de administrarle la extrema unción, y calmadas las hemorragias, como digo, montó a caballo contra el voto común; a pesar de esto, siguió la mejoría en tales términos que no solamente se quitaron la tos, el esputo y la fiebre, sino que hasta las veinticuatro horas no volvió a arrojar ni una ráfaga de sangre; pasó muy buena noche.

Día 12. — “Continuó la mejoría, y se seguía el mismo método con algunas pequeñas modificaciones, pero a las 11 volvió a montar; a las

doce tomó caspiroleta y pichón asado, y a la tarde bebió agua pura en exceso, y casi en seguida tuvo una fuerte epirepcia o escalofrío, renovándose consecutivamente la tos, el flujo de sangre, el desasosiego, y todos los síntomas de muerte. Desde el once comenzó a tomar leche de burra recién ordeñada con signos muy sensibles de aprovechamiento. La noche de este día fue cruel, pues la tos, el esputo, el colapsus fueron continuos; se le dio la goma de andragato, tisanas ligeramente astringentes, y por último, un poco de opio, cuya dosis el mismo señor Nariño graduó, pero todo inútilmente.

Día 13. — “En este fatal día amaneció casi exánime; sin hallársele absolutamente el pulso, que había sido generalmente pequeñísimo, y todas las cosas, en fin, en el último extremo; a las diez y media tuvo paroxismos mortales, se acumularon todos los auxilios que se pueden proporcionar en estos pueblos tan escasos de recursos, por cuyos medios se le prolongó la vida hasta las cinco de la tarde, en que, con la mayor serenidad de ánimo, y en todo su juicio, pagó su tributo a la naturaleza”.

La historia de la última enfermedad de Bolívar está consignada en los 33 Boletines del doctor Révérend en los cuales anota día a día los progresos o disminución del mal y el método curativo empleado. En la imposibilidad de dar lectura a todos los Boletines uno a uno, he seleccionado algunos que nos dan idea de la naturaleza y progresos de la dolencia del Libertador:

«*Boletín número 1.* Diciembre 1º de 1830: “S. E. llegó a esta ciudad de Santa Marta a las siete y media de la noche, procedente de Sabanilla, en el bergantín nacional MANUEL, y habiendo venido a tierra en una silla de brazos por no poder caminar, le encontré en el estado siguiente: Cuerpo muy flaco y extenuado; el semblante adolorido y una inquietud de ánimo constante. La voz ronca, una tos profunda con esputos viscosos y de color verdoso. El pulso igual, pero comprimido. La digestión laboriosa. Las frecuentes impresiones del paciente indicaban padecimientos morales. Finalmente, la enfermedad de S. E. me pareció ser de las más graves, y mi primera opinión fue que tenía los pulmones dañados. No hubo tiempo de preparar un método formal: solamente se le dieron unas cucharadas de un elíxir pectoral compuesto en Barranquilla.

Boletín número 2. Diciembre 2: “S. E. pasó mala noche desvelado y tosiendo, principalmente por la madrugada. Tuve más lugar de reconocer el temperamento del paciente, que se puede clasificar en los bilioso-nerviosos. Además de tener el pescuezo delgado, tiene también el pecho contraído, y agregando a estas señales la amarillez de su rostro, opiné que la enfermedad era un catarro pulmonar crónico, tanto más

cuanto que yo reparaba los esputos de color verdoso. Fue de la misma opinión el doctor M. Night, cirujano de la goleta de guerra GRAMPUS de los Estados Unidos, que casualmente se hallaba en esta plaza. A las diez de la mañana conferenciamos el doctor M. Night y yo para arreglar un método curativo, y lo hicimos en estos términos: los remedios pectorales mezclados con los narcóticos y expectorantes, dando al mismo tiempo una pequeña dosis de sulfato de quinina para entonar el estómago. Por alimentos las masas de sagú, pollo y caldo”.

Boletín número 8. Diciembre 8: “Anoche principió a variar la enfermedad. S. E., además del pequeño desvarío que ya se le había notado, estaba bastante amodorrado, tenía la cabeza caliente y los extremos fríos a ratos. La calentura le dio con más fuerza, le entró también el hipo con más frecuencia y con más tesón, pero sin molestar al paciente. La expectoración fue menos y el desvelo más grande. Sin embargo, el enfermo disimulaba sus padecimientos, pues estando solo daba algunos quejidos. Se le puso un emplasto anodino narcótico en el epigastrio, y mediante unos remedios anti-espasmódicos se sosegó un poco; pero se le observaba de un modo sensible entorpecimiento en el ejercicio de sus facultades intelectuales. Me pareció ser un efecto de la supresión de la expectoración y que la materia morbífica por un movimiento metastático del pecho subía a la cabeza. Se usaron entonces los remedios refrigerantes en la cabeza, los revulsivos en los extremos inferiores, las frotaciones estimulantes lejos del paraje atacado, y finalmente, cuantas medicinas podían hacer derribar la congestión en el cerebro”.

Boletín número 18. Diciembre 13: “En este día se han agravado los síntomas de la enfermedad de S. E., y aun se ha agregado otra complicación, que es una irritación de los órganos digestivos, pues la lengua, de húmeda que estaba hasta ahora, se ha puesto un poco seca, áspera y colorada en sus orillas. Varias veces ha tenido bascas y aun ha vomitado. La misma confusión en las ideas y aberración en la memoria. Calor en la cabeza pero menos que en los días anteriores: el frío en los extremos también ha sido menos. Ha seguido la tos seca sin expectoración, pero con un escupir continuo. Orines involuntarios a veces, aunque no muy frecuentes. El semblante muy abatido. El pulso por la tarde fue suave; pero es de advertir que esa disposición no es constante. No se ha quejado tanto S. E. pero tampoco ha explicado sus dolencias. Las sensaciones están como entorpecidas. Refrescar la cabeza, llamar el calor a los extremos, calmar la tos con agua mucilaginoso, ha sido el método de hoy, y el sagú por alimento. El vejigatorio ha purgado poco”.

Boletín número 28. Diciembre 15, a la 1 de la madrugada: “Los síntomas del mal se están exasperando por momentos. El desvarío continúa, los orines están parados, el hipo no cede, los extremos muy fríos. El semblante ha vuelto a ponerse hipocrático. El pulso está miserable. Nunca había llegado S. E. a tan sumo grado de postración! Frotaciones espirituosas en los extremos, poción antiespasmódica, una cucharada de un cordial. Desde las nueve de la noche no había tomado alimento. Se le prepara actualmente un poco de sagú con vino”.

Boletín número 32. Diciembre 17 a las 7 de la mañana: “Todos los síntomas están llegando al último grado de intensidad: el pulso está en el mayor decaimiento: el FACIES está más hipocrático que antes: en fin, la muerte está próxima. Frotaciones estimulantes, cordiales y sagú. Los vejigatorios han purgado muy poco”.

Boletín número 33. Diciembre 17, a la 1 del día: “Desde las ocho hasta la 1 del día que ha fallecido S. E. el Libertador, todos los síntomas han señalado más y más la proximidad de la muerte. Respiración anhelosa, pulso apenas sensible, cara hipocrática, supresión total de orines, etc. A las doce empezó el ronquido, y a la una en punto expiró el Excmo. Sr. Libertador, después de una agonía larga pero tranquila”.

El mismo día del fallecimiento del Libertador practicó el doctor Révérend la autopsia del cadáver, cuyo interesante resultado es el siguiente:

“1º *Habitud del cuerpo.* Cadáver a los dos tercios del marasmo, descolorimiento universal, tumefacción en la región del sacro, músculos muy poco descoloridos, consistencia natural.

“2º *Cabeza.* Los vasos de la arachnoides en su mitad posterior ligeramente inyectados, las desigualdades y circunvoluciones del cerebro recubiertas por una materia pardusca de consistencia y transparencia gelatinosa, un poco de serosidad semirroja bajo la dura-mater; el resto del cerebro y cerebelo no ofrecieron en su sustancia ningún signo patológico.

“3º *Pecho.* De los dos lados posterior y superior estaban adheridas las pleuras costales por producciones semimembranosas: endurecimiento en los dos tercios superiores de cada pulmón; el derecho casi desorganizado presentó un manantial abierto de color de las heces del vino, jaspeado de algunos tubérculos de diferentes tamaños no muy blandos; el izquierdo, aunque menos desorganizado, ofreció la misma afección tuberculosa, y dividiéndolo con el escalpelo, se descubrió una concreción calcárea y regularmente angulosa del tamaño de una pequeña avellana. Abierto el resto de los pulmones con el instrumento, derramó

un moco pardusco que por la presión se hizo espumoso. El corazón no ofreció nada de particular aunque bañado en un líquido ligeramente verdoso contenido en el pericardio.

“4º *Abdomen*. El estómago, dilatado por un licor amarillento de que estaban fuertemente impregnadas sus paredes, no presentó sin embargo ninguna lesión ni flogosis: los intestinos delgados estaban ligeramente meteorizados: la vejiga enteramente vacía y pegada bajo el pubis, no ofreció ningún carácter patológico. El hígado, de un volumen considerable, estaba un poco escoriado en su superficie convexa; la vejiga de la hiel muy extendida; las glándulas mesentéricas obstruidas; el bazo y los riñones en buen estado. Las vísceras del abdomen en general no sufrían lesiones graves.

“Según este examen, concluía Révérend, es fácil reconocer que la enfermedad de que ha muerto S. E., el Libertador, era en su principio un catarro pulmonar, que habiendo sido descuidado, pasó al estado crónico, y consecutivamente degeneró en tisis tuberculosa”.

Como en la actualidad entre nosotros se está atacando la memoria del doctor Révérend, dudándose de la idoneidad que tuviera para ejercer la medicina, vale la pena, para terminar, registrar el concepto de los médicos venezolanos contemporáneos. En Caracas el 25 de junio de 1963 se reunieron 27 clínicos de renombre e historiadores de la medicina en una mesa redonda para estudiar la enfermedad causal de la muerte del Libertador, cuyas conclusiones fueron las siguientes:

“1) Los antecedentes familiares del Libertador comprueban que éste vivió en su infancia en un ambiente familiar propicio para el contagio tuberculoso.

“2) El hallazgo de un nódulo calcificado en el pulmón izquierdo, extraído durante la autopsia, y conservado en el Museo Bolivariano de Caracas, con los datos epidemiológicos, antecedentes familiares y otros resultados de dicha autopsia, conducen a considerarlo como la secuela de una primo-infección tuberculosa sufrida en la infancia.

“3) Los antecedentes personales del Libertador demuestran que las fatigas, privaciones y preocupaciones morales, minaron su resistencia orgánica y favorecieron el desarrollo de una reinfección tuberculosa.

“4) Los datos aportados por el expediente clínico permiten confirmar el diagnóstico de tuberculosis pulmonar como enfermedad principal final.

“5) Los datos suministrados por la autopsia son concluyentes para determinar:

a) Presencia de lesiones (cavernas y nódulos exudativos) características de tuberculosis de reinfección del adulto de tipo fibroulcero-cavernosa, con diseminación broncogena, suficiente para producir y explicar la muerte.

b) Posibles lesiones tuberculosas secundarias finales laringotraqueales e intestinales.

c) Ausencia de lesiones tuberculosas a nivel de meninges.

“6) La terapéutica empleada por el médico tratante estuvo adaptada a los conceptos científicos admitidos en su tiempo.

“7) El estudio y análisis de los Boletines Médicos y del Protocolo de la autopsia demuestran que el doctor Alejandro Próspero Révérend poseía conocimientos científicos acordes con las doctrinas de la época, lo que acredita su carácter de médico de alto nivel académico”.